

12

APRENDER A NO MIRAR A SI MISMO

“Por tanto no desmayemos; antes, aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior se renueva día a día.

Porque nuestra leve aflicción momentánea produce en nosotros un cada vez mas excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” (2corintios 1:16-18)

Algunas personas dice: “Cada vez que me examino, encuentro algo que me condena”, ¡ciertamente!, la liberación de la condenación no se encuentra en nosotros mismos, sino en Jesucristo. En lugar de mirar a nosotros mismos, debemos mirar a Él. Nunca llegará un tiempo en que no encontremos condenación al mirar a nosotros mismos.

La caída de Satanás fue el resultado de mirarse a si mismo, la restauración de aquellos a los que ha hecho caer, solo pude venir de mirar a Jesús. “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre, sea levantado” (Juan 3:14). La serpiente fue levantada para mirarla. Los que la miraban estaban curados. Lo mismo sucede con Cristo.

La entrada en Cristo solo es el comienzo, y no el fin de la vida cristiana. Es la entrada en la escuela donde aprendemos de Él. “Levad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:29).

Toma la impío con todos sus malos hábitos y perdona sus pecados, de tal manera que es considerado como si nunca hubiera pecado. A continuación le da su propia vida, por la que vencerá sus malos hábitos.

El hecho de estar asociados con Cristo va a revelarnos cada vez mas nuestros defectos. De la misma manera que frecuentar un hombre cultivado nos hace conscientes de nuestra ignorancia. Como un testigo fiel nos muestra cuales son nuestras debilidades. Pero esto no es para condenarnos. Se trata de la compasión no de la condenación, lo que manifiesta. Y esta compasión nos anima y nos hace capaces de vencer. Cuando el Señor señala un defecto en nuestro carácter, es como si nos dijera: Necesitas algo ¡y yo se lo que necesitas!. Cuando aprendemos a considerar su reprimenda bajo este aspecto, nos alegramos en vez de desanimarnos. ¹⁷

17 E.J. Waggoner, The Epistle of The Romains, pp. 126,127